

Recordar, compartir, aprender

## Las Palmas de Gran Canaria

Mercedes Rodríguez Reina, 78 años.

Ariana Fernández Franchy, 25 años.

### BAILAR SOLA ME MAREA...

Mientras recorría los 30 kilómetros que separan mi casa de la residencia donde vive Mercedes, iba pensando en si le inspiraría la confianza suficiente como para contarme su historia. Aparqué en un espacio mínimo y entré en el edificio sofocada por la nefasta mezcla de los 32 grados de fuera y la falta de dirección asistida de mi coche. No tardaron en localizarla. Iba vestida con una falda vaquera con una flor bordada en azul y una blusa malva. Colgado del cuello con un cordón rojo “para no perderlo”, llevaba el móvil.

Me sorprendió que estuviera bastante callada así que opté por hablar un rato de mí, de lo que estudio, de mi familia y de lo mucho que me gusta viajar, y eso la llevó a contarme que ella no ha salido nunca de la isla. “Esa es una espinita que tengo. Me encantaría ir aunque sea a Tenerife con alguna de mis sobrinas”.

Mercedes no tuvo hijos. Es la menor de nueve hermanos y confiesa con una sonrisa ruin que siempre fue la niña bonita de su casa. Una enfermedad psíquica de nacimiento hizo que tuviera que dejar el colegio. En aquella época (hace más de 70 años) no existía la Educación Especial, así que en clase no aprendía porque era muy nerviosa y tuvo que ponerse a trabajar con su padre que se dedicaba a la agricultura y a la ganadería. “Era un hombre muy bueno y muy trabajador, pero estaba ya mayor así que yo le echaba una mano”. Pasaba horas recogiendo hierba para dar de comer a los animales de la granja y luego sacaba las cabras a pastar. Recuerda con enfado que “para que no se salieran del sendero a veces tenía que tirarles del rabo así” y hace un gesto enérgico y simpático con la mano que me produce una carcajada.

En ocasiones iba caminando hasta La Gavia, que está nada menos que a 12 kilómetros de distancia. Cuando la sorprendía la lluvia en el camino se quitaba rápidamente los zapatos y andaba descalza para no estropearlos.

Pero de lo que Mercedes quiere hablar no es de su pasado sino de su presente. Ya que en su día no pudo, ha decidido a sus 78 años aprender a leer y a escribir, por lo que asiste a clases de alfabetización en su residencia. También va a natación, pero dice que a ella el ejercicio que más le gusta es, sin duda, bailar. Cuando le pregunté por su canción favorita no se lo pensó dos veces y me cantó un pedazo sacándome de nuevo una sonrisa: “que sí te quiero, que tú lo sabes, que tú tienes la culpa de todos mis males”. Y hablando de las cosas del querer me cuenta que a su novio, que vive en el mismo centro, no le gusta bailar: “¡qué pena porque bailar sola me marea y es un fastidio tener que sentarme!”. Con él va todas las tardes a caminar y a tomarse un café, pero se queja de que en Ingenio, el pueblo donde vive, todo son cuestas y muy empinadas. Ni eso, ni algunos “problemillas de la edad” en las piernas, impide que se dé sus largos paseos todos los días. De hecho, me atrevería a decir que la vida de Mercedes ha sido, metafóricamente hablando, una cuesta bastante empinada que ella se ha empeñado en subir con la mejor de las sonrisas.

Tengo que reconocer que en un principio cometí el gran error de pensar que quizás estuviera perdiendo el tiempo, por lo difícil que resultaría extraer de sus palabras un relato merecedor de un premio. Pero como siempre que uno se precipita juzgando, la vida se encargó de darme un bofetón sin mano y mostrarme lo verdaderamente importante de este encuentro intergeneracional. No se trataba de escribir sobre una heroína del siglo XX cuya historia fuera digna de ser llevada al cine. La cuestión era más simple y más profunda que todo eso: que aquella cita nos sirviera de algo a las dos. Llegó un momento en el que sentí que debía dejar de apuntar: me limité a hablar con ella de cosas banales y sin darme apenas cuenta contribuí a que Mercedes se sintiera acompañada.

